

manecerá siempre viva en los hijos de la Compañía la grata memoria de tan insigne bienhechor y con eterna gratitud corresponderán ellos á tan grandes beneficios.

Divulgada por Colorno la noticia del fallecimiento del duque, concibieron fundados temores acerca de su porvenir los moradores del noviciado de San Estévan, al ver que les había sido arrebatado el más firme apoyo humano que en Parma tenían. De un modo particular se sobresaltaron los novicios, creyendo que al faltar el único sosten del noviciado, este se tendría que disolver, y ellos serían enviados á sus casas, por no poderlos mantener la Compañía; lo cual los pondría en el trance de no poder continuar la carrera comenzada de su vocacion.

El P. Pignatelli, al volver á Colorno, halló la casa en un total abatimiento. Salieron á recibirle sus hijos; y al advertir que él, en medio de la fatiga pasada y de la extenuacion de fuerzas presente, traía como impresa en el semblante la marca de una total resignacion en las manos de Dios, parecían reanimarse sus esperanzas; pero era tan grave el peso del dolor y tan melancólicas las imaginaciones que se revolvían en su mente, que revelaban en el abatimiento exterior la lucha que allá dentro del corazon sostenían.

Procuró el Padre esforzarlos con sus palabras llenas de confianza en Dios; pero en vano. Después de la cena les refirió la enfermedad y muerte del duque y las prendas que tenía de su salvacion eterna, á fin de reanimar el espíritu de sus súbditos: los cuales, si bien se alegraban de la buena suerte del duque, y aun se la envidiaban; con todo no acabaron de salir de su postacion.

En vista de esto, á los cuatro ó cinco días los llamó á todos á su aposento; y cuando los tuvo reunidos, de pie delante de ellos, con un semblante lleno de dulzura y con un tono de autoridad inusitado, les hizo el siguiente razonamiento, que pondré aquí con las mismas palabras del H. José Grassi, el cual se hallaba presente.

«Después de algunos días,» dice, «habiendo reunido en su

cámara aquella reducida comunidad, les habló en estos términos¹: «Bien conocido tenéis ya el fallecimiento de nuestro real Infante, de quien al parecer dependía nuestra subsistencia en esta casa. Ya veo bien que vuestros ánimos, inciertos de la futura suerte, están perturbados y afligidos. Aquí estoy puesto por mis Superiores, y hasta ahora he hecho el oficio de padre. De aquí en adelante, ya que nos falta este sosten, todos tenemos que echarnos en brazos de nuestro buen Dios. Yo siempre he procurado no solo que se os proveyese de lo necesario, sino tambien con abundancia: en lo sucesivo no os puedo asegurar el mismo trato, porque vendrán otros señores, que no pensarán como el difunto: y por esto nos veremos obligados á salir de aquí y á reducirnos á un trato más frugal, puesto que no contamos con el socorro del difunto Príncipe.»

«Con todo eso, si estáis dispuestos á seguir el camino comenzado y ser fieles á vuestra vocacion, no tengáis la menor duda que aquel Padre amoroso, que todo lo prevé, y nos ha juntado aquí, no cesará en su providencia de abastecernos del mantenimiento necesario. Pero retiraos á hacer oracion delante de Dios, y considerando bien lo que os he dicho, vaya cada uno pensando lo que le tiene cuenta; y si cree haber de encontrar suerte mejor en su patria, yo no se lo impido: no obstante reflexionad que la cruz de nuestro Señor Jesucristo más espanta de lejos que de cerca.»

«Yo no os echo de mí: mientras tenga yo un pedazo de pan, nos lo repartiremos entre todos. Si resolviereis seguirme, no os prometo el mismo trato [que hasta ahora]: mas aquel Dios que provee á los pájaros del aire, no dejará de proveernos tambien á nosotros; y si fuere necesario andar pidiendo limosna, yo seré el primero, y vosotros me veréis á vuestro lado. Dentro de un rato, vuelva cada uno por separado á manifestarme lo que siente.»

«Á tales palabras, verdaderamente de padre y salidas del co-

¹ *Process. Rom.*, fols. 144-145.

razon, no pudimos **contener** las lágrimas de devocion, y las derramó tambien él. **Para** obedecer, nos retiramos á hacer oracion. Todos se resolvieron á seguirle, protestando que jamás le abandonarían. Al ver él **la** uniformidad de nuestros sentimientos, lloró de consuelo, y se le vio que, cual padre amoroso, los iba abrazando á todos **uno** después de otro conforme le iban á manifestar la resolucion **de** no abandonarle.» Hasta aquí el Hermano Grassi, cuyas **palabras** confirma el P. Nicolás Grassi, y añade¹ que el P. Pignatelli, al ver la firmeza de voluntad que todos sus súbditos **manifestaron** de permanecer con él, les dijo: «Ánimo, pues, hermanos: más negras las hemos visto: el Señor no nos abandonará.»

En esta ocasion dio **el** P. Pignatelli, á mi juicio, una de las más elocuentes muestras de su exquisita prudencia espiritual. Bien sabía él que aun **faltando** el duque, no había de llegar el noviciado á la situacion **extrema** que preveían los novicios; porque no hubiera jamás **permitido** su dispersion la duquesa de Villahermosa. Á la primera noticia que su tío le hubiese comunicado de la situacion **de** aquella casa, indudablemente hubiera acudido á remediar su **necesidad**. Ni otra cosa podía esperarse de su hermana la condesa de la Acerra.

Mas el sabio maestro quiso en aquel apuro experimentar el temple de la virtud de **sus** discípulos y los quilates de su confianza en Dios; **confianza**, que entonces solamente será calificada de perfecta y robusta, **cuando** no se disminuye, antes bien se acrecienta y aviva, **aunque** en realidad falte todo humano apoyo, ni encuentre cosa criada en que pueda estribar. Razon tuvo para derramar lágrimas de **consuelo** al ver en aquellas almas tan arraigada esta **fundamental** virtud, imprescindible en todo religioso de instituto **apostólico**; pues asegurándole de los auxilios del cielo, pierde el **amor** de todos los bienes y el temor á todos los males de la tierra, **sin** que ninguno de ellos pueda ser parte para impedirle que se **arroje** á acometer cualquier empresa, aun

¹ *Process. Rom.*, fol. 544.

la más ardua, cuando se trata de la gloria de Dios y del bien del prójimo.

El mismo P. Pignatelli, que tan impresa tenía en su corazon esta confianza sin límites en la divina Providencia, descubrió desde este instante un nuevo fervor en el camino de la virtud, volando á ella con toda libertad, á manera de una avecilla, que, rota la sutil hebra que la tenía aprisionada, levanta su vuelo y se mueve con toda libertad por el aire.

Esto á mi juicio, y no otra cosa, significan aquellas graves expresiones del H. José Grassi, que se leen en el proceso romano¹. «En este otro tiempo,» dice, [esto es, después de la muerte del duque] «me parece que avanzó á grandes pasos á una perfeccion, que á mí no me pudo ser indiferente: porque ultra de su acostumbrada atencion al cumplimiento de todos sus deberes como Superior y como religioso, descolló en una manera sensible su caridad.» Esto dice el buen Hermano, que fue testigo de vista de todo lo que entonces sucedió.

Tranquilos ya los ánimos de los suyos, pensó el P. Pignatelli en la manera de dar alguna pública demostracion del respeto y de la gratitud á que se había hecho acreedor el difunto principe. Colgó de negro, lo mejor que pudo, toda la iglesia de San Estévan de un cabo á otro; en medio levantó un soberbio túmulo, que rodeó de hachas; y por espacio de tres días consecutivos celebró solemnes exequias, aplicándose las misas, tanto rezadas como la cantada con música los tres días, en sufragio por el alma del finado.

Que esta salió presto del purgatorio, parece haberlo conocido con certeza el Padre: pues hallándose en compañía de los suyos el día de Todos los Santos, unas tres semanas después de fallecido el duque, como uno de los que con él allí estaban dijese haber oído de boca de una persona virtuosa, que aquel mismo día había subido al cielo el alma del Infante, él con blanda sonrisa y con tono de aseveracion repuso: «Hace ya al-

¹ *Process. Rom.*, fol. 147.

gunos días que está en el paraíso.» Y de la seguridad con que pronunció estas palabras, infirieron los circunstantes que Dios le había manifestado el tránsito de aquella alma á la gloria.

Después de la muerte del duque la archiduquesa Amalia, su esposa; se retiró á los estados del emperador, sobrino suyo, dejando en Parma dos hijas, una religiosa dominica y otra retirada en las Ursulinas¹. La suerte del ducado estuvo suspendida el tiempo preciso para que fuese á París una posta y volviese de allá². Ocuparon luégo los franceses el estado, y al instante mostraron su animosidad contra los jesuitas; pues á principios de Diciembre de este mismo año de 1802 les prohibieron explicar la doctrina cristiana públicamente por las plazas³.

Desistieron sin embargo de adoptar medidas semejantes por algun tiempo á causa de las negociaciones entabladas por los reyes de Etruria y la reina de España, con las que consiguieron de Napoleon que el ducado de Parma quedase por el hijo de don Fernando, y á Bonaparte se le dio en cambio la Luisiana en la América septentrional⁴. Murió el rey de Etruria el próximo año de 1803, dejando un hijo, llamado tambien Luis, de solo un año de edad, bajo la tutela de su madre D.^a María Luisa, administradora del reino.

Tal era la situacion del ducado de Parma después de fallecido el duque D. Fernando. Un año y algunos meses permaneció todavia en Colorno el P. Pignatelli, y como testifica el mencionado Sr. Tarchioni, jamás aflojó en el curso de sus fatigas. Quería dicho señor renunciar la administracion del hospital; y dejó de hacerlo, por habérselo desaprobado el Padre: el cual, lejos de dimitir su administracion espiritual, continuó con su acostumbrada asiduidad y celo infatigable en la asistencia de los asilados, de los presos de la cárcel, y de los enfermos y necesitados del país.

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 36, pág. 258.

² *Id.*, *ibid.*, pág. 251.

³ *Id.*, *ibid.*, pág. 271.

⁴ *Id.*, *ibid.*, pág. 299.

Y aun más extenso campo se ofreció á su caridad: porque como muchos criados de la corte por la muerte del príncipe hubiesen quedado sin empleo y sin salario, y por consiguiente reducidos á la miseria; el caritativo Padre á cada uno de ellos pasaba cierta cantidad de dinero cada mes, con la cual remediasen su indigencia: y á los que ó no podían ir á cobrar su dinero ó se avergonzaban de hacerlo, enviábaselo el Padre por uno de sus súbditos ó por otra persona de fuera.

No por esto omitía ninguna de sus ordinarias limosnas que daba en casa ó fuera á los enfermos y pobres, segun lo requerían las circunstancias; sino que á todos acudía con igual solicitud y cuidado que ántes: con esto, y con ver los suyos que lejos de faltar para ellos, sobraba para repartir en limosna más que cuando vivía el duque, se alegraban los novicios de haberse quedado en compañía de su Padre, y esperaban con ánimo tranquilo que no los abandonaría la Providencia. Tambien los vecinos de Colorno hallaban en su orfandad un consuelo en el P. José: su único temor era no se viese en la precision de abandonarlos; porque «quitado nuestro Padre,» repetían, «Colorno se precipita en la miseria.»

Quedaba, pues, el noviciado sin entradas fijas y seguras, sin más recurso que la divina Providencia y la liberalidad de personas caritativas, y en continua zozobra á causa de la ocupacion de aquellos estados por las tropas francesas. Nada se cambió sin embargo en el orden y disciplina doméstica establecida por el P. Pignatelli y observada hasta entonces en el noviciado; todo continuó y se conservó en paz y quietud como en los mejores tiempos; ni los varios gobernantes que en aquel estado se sucedieron, hallaron jamás ocasion de quejarse de él ó de los suyos, ni estos tuvieron que tolerar de ellos molestia ó incomodidad notable.

Solo el P. José por su humildad y mortificacion creyó haber de introducir algun cambio en su persona, haciendo á pie sus ordinarios y continuos viajes á la ciudad de Parma en vez de hacerlos en una carroza de la corte, como hizo alguna vez en

vida del príncipe á puras instancias de este. Y si bien es cierto que por no bastar para las muchas limosnas y los gastos de la casa los socorros que sus parientes de Nápoles y de España le enviaban, llegó á pensar en disminuir las raciones que á los de casa se repartían, y aun dio orden al cocinero que así lo hiciese; mas al instante la revocó, echándose en rostro la falta de confianza en Dios y el olvido de las máximas y conducta de su Padre San Ignacio, que en semejantes casos protestaba que no era milagro el que Dios acudiese á los suyos con lo necesario para vivir, pues tenía empeñada su palabra de socorrer á quien en él confiare. Así que en tan azarosas circunstancias no salían de sus labios sino estas palabras: «Sirvamos á Dios, hijos míos: que como esto hagamos, nunca nos faltará nada.»

Aumentaba de día en día el concepto y fama de la santidad del P. Pignatelli no solo en los de la casa, sino tambien en los vecinos de Colorno, que experimentaban la largueza de su caridad, y aun en otras ciudades de Italia, á donde llegaba la noticia de las cosas admirables que pasaban en el noviciado de Colorno. Llegábanse continuamente á dicha poblacion, atraídos como por una fuerza oculta é irresistible, sacerdotes, seglares, personas distinguidas por su saber y su nobleza, unos á que les diese los ejercicios, otros á aprender de él una norma de vida cristiana, quién á consultar sus dudas y á pedir su consejo, quién por solo el deseo de ver á un hombre, de cuyo magisterio espiritual tantos elogios esparcía la fama.

Escribe el P. Monzon, y después de él lo atestiguaron otros en los procesos, que cuantos forasteros pasaban por Colorno, iban á visitar al P. Pignatelli: y muchos, en su tránsito por la corte, alargaban el viaje, solo por gozar un rato de su vista y de su conversacion. Uno de ellos fue Don Abundio Rezzónico, sobrino de Clemente XIII y senador romano; el cual viajando para Roma, al llegar á Parma, fue *ex professo* á Colorno para ver al Padre. Este á la cabeza de sus novicios salió á recibirle con demostraciones de singular afecto: y aquel no pudo menos de verter abundantes lágrimas, al ver lo reducido de la habitacion,

la pobreza de su ajuar, y en medio de todo la modestia, fervor y alegría de los novicios.

Quiso comer en refectorio al lado de su querido P. Pignatelli, con quien se entretuvo en tan dulces coloquios espirituales durante la mesa, que más fue aquella refeccion del alma que del cuerpo: y aseguró después el senador, que jamás se había encontrado tan á gusto en los banquetes del Capitolio, como en aquella frugal y pobre comida en Colorno. «Gran dicha la vuestra,» dijo al despedirse, «pues tenéis la suerte y el consuelo de habitar y conversar de continuo con hombre de tanta santidad y de espíritu tan elevado.» Tal era la opinion de que universalmente gozaba el P. Pignatelli.